

nacha guevara:

la sofisticación como una de las bellas artes

POR DANUBIO TORRES FIERRO

EN México, hablar de music-hall, de cabaret concert o solitario y/o conjunto **show** remite, sin mayores esfuerzos, a esa adocenada y a veces abyecta vida nocturna que se refugia en las boites de los hoteles lujosos, en las salas de los teatros comerciales, en los recintos de establecimientos ostentosos. Allí es poco lo que se puede encontrar de calidad, de auténtica creación, de cumplido divertimento; por lo general, se trata de fomentar el divismo de la **vedette** de turno y de canalizar a un público que no duda en dejarse encandilar por las luminarias que llegan de los Estados Unidos. Es otra forma de colonización, a pesar de que no osa decir su nombre. Lo peor es que, entre otras cosas, se ignora que el género del music-hall, para poner un ejemplo, tiene una ancha y prestigiosa tradición que se remonta a épocas bastante remotas y que alcanzó su apogeo allá por los años treinta. Y, sobre todo, que de allí surgió gente que ha hecho contribuciones fundamentales a la historia del teatro: alcanza con recordar que el mismísimo Bertolt Brecht, armado con una guitarra, improvisando canciones y visitando los turbulentos cabarets alemanes, encontró en esos lugares una inagotable y renovadora fuente de inspiración. También se podrían memorar las otrora famosas **caves** existencialistas, en las que los **chansonniers** degradaban canciones graves y metafísicas. A ese ancho panorama adhiere la argentina Nacha Guevara en su **Nacha de noche** (estreno en el Centro Cultural Coyoacan). Lo hace mezclando expedientes, apelado a múltiples registros, aliando lo añejo con lo moderno, transitando con flexible comodidad por un variado repertorio. Su espectáculo es un ejemplo de **one-woman-show** y, por lo tanto,



vale la pena repararlo con algún detenimiento.

NO deja de ser un verdadero desafío eso de enfrentarse a una galopante cabalgata cancionística que abarca autores y estilos diferentes, que exige por esa misma razón una versatilidad elástica y considerable, que demanda un esfuerzo histriónico seguramente agotador. Ese desafío se redobla cuando se repara que es acometido por una intérprete que apenas se apoya en un discreto —pero espléndido— comentario musical, en escasos elementos de vestuario y escenografía y, sobre todo, que se tiene la suficiente confianza como para seleccionar textos que implican, en casi todos los casos, **compromisos** respetables. Pero el triunfo está asegurado desde el comienzo. El cabello pintado de zanahoria, una figura delgada y cimbrante, una voz de **mezzo** que acomete con la misma felicidad un susurro o un alarido, un

dominio corporal que permite súbitas transiciones y una notoria fibra de actriz son las virtudes que permiten a la Guevara desplegar sus artes y partes a lo largo de una hora. Para eso se ampara en el humor veloz y chirriante en la burla sangrienta, en el desparpajo y el desmeleamiento, en la ironía demoleadora y la caricatura vitriólica, en la impostación épica o el patetismo calculado. Por ejemplo: ataca con regocijante crueldad "Las damas de beneficencias" de Jacques Breel, emplea una impecable sotificación en "Soysnob" de Boris Vian, hace alarde de virtuosismo en "Puntuación fonética" de Víctor Borge, dice con sentimiento los "Poemas de la oficina" de Mario Benedetti (que aquí ganan mucho y suenan con más fortuna) y se trepa a una entrañable estatura dramática en el "Padre Nuestro Latinoamericano" que también pertenece a Benedetti. Lo mejor de todo esto hay que encontrarlo en varios rasgos infrecuentes. Más allá de las radiantes cualidades de la Guevara está la perfecta coordinación que logra con su acompañante Alberto Favero, un pianista de primera y un arreglista talentoso que sabe apoyar con ingenio lo que sucede en el escenario y adecuarse con estricta comodidad a las exigencias de la intérprete. Y está, también, la fortuna del repertorio seleccionado, que transita por diversas inflexiones y distintos estilos pero mantiene una permanente coherencia, sin caer nunca en lo obvio, en la demagogia, en lo fatigado. Al fin, el espectáculo se convierte en un divertido, feliz y hasta programático itinerario, inusual en estas latitudes. También, en una sorprendente caja de Pandora: la Guevara aparece allí como una